

Richard Rorty, *Consecuencias del Pragmatismo* Madrid, Tecnos, 1996.

En los años 20 de este siglo cada filósofo, supongamos en Alemania, cada Ordinarius enseñaba su sistema y formaba estudiantes convencidos de que dicho sistema era carrilero de otras rutinas, la científica, la literaria, la política. Pero de cara a la desterritorialización profesional del filósofo actual, al estado de cultura posfilosófica, éste debe ahora hacerlas cosas menos inocentemente. Por ejemplo, debe olvidar que un filósofo puede hablar de una literatura sin haberla leído con la misma inclemencia que utilizaba para Kant o Plotino. Sin embargo se impone escribir de tal modo que los teóricos de la literatura puedan discutirlo hasta gruñirle o impugnarlo. Así, hay críticos literarios que discuten a Foucault y sus reticulaciones, llevándolas al campo de la escritura, planteándose en el camino pormenores sobre su autoridad arqueológica. De este modo se abre una táctica de inecuación de la filosofía en un juego discursivo sin proponerse arrebatos sentenciosos sino discutir en su interior, para no entrar en la tradición de la búsqueda de fundamentos, para no “descubrirse” como género de control de una práctica, como lo hacía con la ciencia, “sino como un estudio comparativo de las ventajas y de los inconvenientes de las distintas formas de hablar”.

Es un recurso laboral aceptable de la filosofía, páralos que ejercen su profesión en escuelas y universidades, anclarse en los campos que con más empuje temporal se proponen discutir sobre sí mismos, puesto que este desterritorializado, como los sofistas que llegaban a Atenas, está en eso, a la búsqueda de las formaciones emergentes sólidas de un determinado momento, para discutir su modo propio de voluntad de verdad. La formación literaria inicia su voluntad de verdad a partir de la crisis del conocimiento epistemológico, cuando ya resultaba imposible no complicarse para explicar cómo ciertas oraciones podían ser verdaderas por correspondencia y no por mera convención, cuando la intención kuhneana, que era preferentemente estética y antiacumulativista, priorizaba los estadios de anormalidad y de romanticismo científico como los de verdadero progreso. La filosofía es mimética. Por lo general quiere transformarse lentamente en el discurso que prefiere. La filosofía de Platón se parecía a la política, la de Hegel a la historia, la epistemología a la ciencia, la nuestra terminará en literatura. Quizás sea un modo de perdurar, devorarse a su objeto pareciéndosele. La filosofía adopta el lenguaje de sus interfectos, desea sus metáforas. Las horas están contadas para que la literatura sea la nueva cara de la filosofía. Así pues, ahora la hipóstasis que deberá ser discutida es la del lenguaje como fisonomía del pensamiento.

Las pretensiones de la literatura y de la crítica caminan, según Rorty, sobre dos ejes, uno entendible como De Man lo hace, considerando que el lenguaje literario nombra la presencia de una nada, un vacío cuya comprensión es siempre renovada, persistente nombrar que denominamos “literatura”, denunciando la falacia de la expresión no mediatizada. El otro eje, antropológico, pero derivado del anterior, consiste en toparse con las posibilidades de interpretar los lenguajes foráneos, para lo cual las teorías del conocimiento literario deben pasar primero por alguna “tesis de traducción”, o por una consideración previa del lenguaje. Entre la nada y lo foráneo se despierta una manera filosófica de dialogar sin aspiraciones de conmensurabilidad, a lo que Richard Rorty denomina “giro hermenéutico”. De esta manera deseáramos ver que a pesar de su autonomía, la literatura no debería continuar con la esperanza de reemplazar el idealismo por el textualismo sino promover una conducta de los hombres, la conducta lingüística, como juego wittgensteiniano dirigido a objetos incompletos, la nada y lo foráneo, los objetos de la literatura.

El libro, que nada sobre esta cuestión, es una reunión de escritos publicados entre 1972 y 1980 en diferentes revistas filosóficas y literarias, debidamente actualizados y corregidos con la intención de manifestarnos que la tendencia que en esos años iniciaba Rorty, aún parece válida, llegando al convencimiento de que la doctrina central del pragmatismo representa la propuesta de reemplazar la distinción entre apariencia y realidad —y entre la naturaleza intrínseca de algo y sus características meramente relacionales —por la distinción entre descripciones más útiles y menos útiles de las cosas. Con esto Rorty ha de suponer que el progreso, intelectual y moral no comporta una convergencia hacia la representación fiel de la naturaleza, más bien, el hallazgo pragmático radicaría en colocarse en un ambiente discursivo histórico pertinente para la interacción con la naturaleza humana y con nosotros mismos. Y en lugar de sostener que nuevos vocabularios harían aflorar secretos recónditos, sustenta que “nuevas formas de hablar podrían ayudarnos a conseguir lo que queremos”. En *Consecuencias del Pragmatismo* Rorty rodea sobre lo siguiente; qué puede ser del lenguaje cuando ya no es vehículo de conocimiento ni reflejo de ninguna realidad, a través de una recontextualización pragmatista de autores contemporáneos, con un desarrollo en el marco detenido de Dewey, Wittgenstein, Derrida, Foucault y

Heidegger.

Defiende para los dos últimos la tesis de que si bien alumbran a los nuevos escritores, desechan la idea de “proyecto de investigación” como modelo de pensar filosófico y expresan la necesidad de sustituir la epifanía por el texto, acaban sucumbiendo a la misma nostalgia por la inocencia y el laconismo de la palabra hablada, “La aspiración kantiana de poner fin a la filosofía, poniendo cada cosa en su sitio, y el anhelo heideggeriano de *Gelassenheit* y *Unverborhenheit* son una y la misma cosa: el verdadero objetivo de la escritura filosófica es poner fin a la escritura”. Frente al autor de *Ser y Tiempo*, en una de las lecturas más lucidas sobre Derrida, se da un reconocimiento de la “deconstrucción de la metafísica de la presencia” para dejar los textos en toda su desnudez, descargándolos de la necesidad de representar, porque no hay huellas para hacerlo, “la huella misma no existe”, plasmándose un segundo Derrida, que es el primero en prevenirnos de la tentación de divinizar la escritura como uno de los representantes de la huella en general.

El ensayo destinado a Dewey reconoce la esperanza de su filosofía como terapéutica liberadora de la seriedad de un mundo intelectual en el que la vida humana representa un intento de alcanzar un fin allende de sí, una huida de lo temporal hacia lo eterno. En Dewey encuentra entonces Rorty enganche para descreer de la tradición “ciencias naturales” contra “ciencias sociales”, pues la distinción no depende del “objeto” con que tratemos, sino de hacer el loable esfuerzo de dialogar con él, en lugar de autocrearlo, como si fuera textual, lo que implicaría un vestigio esencialista. El mismo vestigio en el que puede declinar el desenmascaramiento del lado oscuro de las ciencias sociales propinado por Foucault como” una revuelta contra éstas en cuanto instrumentos de dominación, tratado en el nexo de inmanencia entre conocimiento y poder. Tal vez esta fase de Consecuencias del Pragmatismo sobre el pensamiento de Dewey contenga la discusión sobre los pormenores que quedaran sin ser tratados suficientemente en el último corte de *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza* y que podría añadir más herramientas para comprender el desvío desde la filosofía del lenguaje impura hacia la hermenéutica. La discusión sobre el objeto dentro de los parámetros de “diálogo” lleva al litigio sobre el estado de realidad o de verdad del objeto de ficción. Podrán ser igualmente verdaderas oraciones como “Gladstone nació en Inglaterra” y “Sherlock Holmes vivía en Baker Street”? Responder a la cuestión nos remonta a una deuda con Parménides, a su desconfianza hacia la pluralidad del pensamiento discursivo, su sospecha de que lo poético nos aleje de la realidad, nos confunda y nos traicione. “En una cultura que no albergase la noción de hecho incuestionable —la idea Parmenídea de que la realidad nos compele a la verdad— no tendría sentido ningún género de literatura modernista. La noción de intertextualidad no sería tan encantadoramente díscola. Por esta razón, por esta deuda, para un pragmático, afirmar que no hay nada fuera del texto suena tan extravagante como afirmar que sólo existe materia en movimiento o que los átomos son los textos de Demócrito. Es ponerse del lado kantiano de que no podemos conocer la cosa en sí postulando que todo de lo que se puede hablar es de textos. Tampoco se quiere *decir que ultra textum* haya una realidad alcanzable, pues sería la falsa alternativa, pero sí se puede perseguir que los textos dicen o dijeron o están por decir algo inminente, que nos puede ayudar a. resol ver mejor nuestras dificultades.

Guiada por el suceso de sus anteriores libros publicados (*La filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, *El Giro Lingüístico*, *Ensayos sobre Heidegger y otros Autores Contemporáneos*, *Contingencia, Ironía y solidaridad*), *Consecuencias del Pragmatismo* completa la biblioteca básica de quien es actualmente distintivo de la corriente hermenéutica pragmática.

Aldo Enrici